

Homilía de IV Domingo de Pascua

Año litúrgico 2024 - 2025 - (Ciclo C)

“Yo doy la vida eterna a mis ovejas”

Pautas para la homilía

Yo doy la vida eterna a mis ovejas (Jn 10,28)

Jesucristo afirma dos veces en el capítulo décimo de san Juan que Él es “el Buen Pastor” (vv. 11 y 14) y dos veces afirma también que Él es “la puerta” (vv. 7 y 9). Explícitamente dice el Señor que Él ha venido al mundo para que tengamos “vida abundante” (v. 10), que explica diciendo que es Él quien da “la vida eterna” (v. 28).

Jesucristo establece una relación directa con nosotros, pues nos conoce (vv. 14 y 27) y tal conocimiento implica reciprocidad, es decir, que también nosotros necesitamos “conocerle” (cf. v. 14), indicando una reciprocidad como la que existe entre Jesucristo y el Padre del cielo: igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre (v. 15). Nuestro conocimiento de Jesucristo determina nuestra voluntad para seguirle, con la seguridad de no perecer ni ser arrebatados de sus manos (cf. v. 29), lo que implica una confianza total en quien nos da “vida eterna” (v. 28).

Esta confianza total en Jesucristo es la garantía de nuestro vivir diario, avivando siempre nuestra relación personal con el Señor, una relación de verdad concreta, vivencial, práctica para nuestra vida en medio de las dificultades y contrariedades que se presenten a lo largo del camino de nuestra vida. La promesa del Señor es rotunda: Nadie las arrebatará de mi mano, no perecerán para siempre, yo les doy la vida eterna (cf. v. 28).

Lo que debemos procurar personalmente es nuestra unión con Jesucristo, contando con la presencia y la acción del Buen Pastor, que nos conoce, que sabe de nosotros y que cuenta con nosotros para dar a conocer su reino en este mundo, tan necesitado de esperanza, de luz, de paz, de amor, de vida verdadera, sí, de “vida eterna”.

La última afirmación de la página evangélica es fuertemente polémica para los interlocutores judíos de Jesús, y al mismo tiempo profundamente reveladora de la identidad de Jesús: Yo y el Padre somos uno (v. 30). Los judíos entendieron estas palabras como una blasfemia y agarraron piedras para apedrearlo (v. 31).

¿Cómo entendemos nosotros las palabras de Jesús? Jesucristo es el Mesías, se identifica con el Mesías anunciado por los profetas, pero no tal como lo entendían los judíos sino de manera mucho más determinante, pues es Hijo de Dios.

Hasta aquí ha de llegar nuestra comprensión de la persona de Jesucristo y desde aquí ha de arrancar nuestro camino como seguimiento, como discípulos de Jesucristo. Bien sabemos que su camino pasa por la cruz y de manera semejante también nuestro camino implica la adhesión a Jesucristo, que lleva consigo la muerte del propio “yo”, un “morir” que es la primera condición para poder seguir al Maestro (cf. Mc 8,34), que es quien nos da “vida eterna” (v. 28).

Sabed que nos dedicamos a los gentiles (Hch 13,46)

La primera lectura da cuenta de la llegada de Pablo y Bernabé a la ciudad de Antioquía de Pisidia durante el primer viaje apostólico, evangelizando Chipre (cf. Hch 13,4-12) y el Asia Menor. El sábado fueron a la sinagoga de Antioquía y Pablo se dirige a la asamblea de los judíos a quienes propone un largo discurso (Hch 13,16-47), del cual la primera lectura presenta, no el contenido, sino la reacción que ofrecieron los judíos que escucharon lo que Pablo acabada de decirles. Al sábado siguiente tiene lugar lo que cuenta la primera lectura: la reacción por parte de los judíos al ver el gran gentío que había acudido para escuchar a Pablo.

Nos encontramos con un cambio de estrategia por parte de los misioneros cristianos que, hasta entonces, habían predicado sólo a los judíos. Viendo que éstos se oponían decididamente a la predicación de Pablo, este les dijo con toda claridad: Teníamos que anunciaros primero a vosotros la palabra de Dios; pero como la rechazáis y no os consideráis dignos de la vida eterna, sabed que nos dedicamos a los gentiles. Así nos lo ha mandado el Señor (vv. 46-47). Citando a continuación el texto de Isaías 49,6, el mismo que el anciano Simeón refería al Niño que tenía en sus brazos: A quien has presentado ante todos los pueblos: Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel (Lc 2,31-32).

Pablo sabe que tiene el encargo de continuar la misión llevada a cabo por el mismo Jesucristo y, viendo que los judíos se oponen con maneras fuertes a su predicación, mientras que son los paganos quienes acogen su predicación, con gran alegría sacudieron el polvo de los pies contra ellos, y se fueron... mientras los discípulos quedaban llenos de alegría y de Espíritu Santo (v. 52).

Interesante tomar en consideración la “estrategia” de los apóstoles para cambiar su modo de llevar a cabo la misión. Se necesita apertura de espíritu para contrastar el propio punto de vista con el querer del Espíritu Santo, y esto se llama humildad. Sí, humildad ante la Palabra de Dios, conscientes de que no somos dueños de tal Palabra sino humildes servidores.

Tomemos en consideración la respuesta de la Virgen María al ángel de la anunciación: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra (Lc 1,38).

El Cordero los apacentará y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas (Ap 7,17)

Jesucristo quiere hacernos partícipes de su intimidad y para esto nos pide que le sigamos de manera decidida. La visión es grandiosa: una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas. ¡Qué lejos quedan los particularismos! ¡Qué lejos queda el propio “yo”! Una muchedumbre inmensa está de pie, victoriosa, superada la prueba, “dando culto a Dios día y noche”.

El Cordero, es decir, Jesucristo, es el centro de la escena, en él descubrimos al pastor y al cordero, a la cabeza y al cuerpo de la iglesia. Nada hay que temer, ni la derrota ni el fallo, ni es necesaria la máscara de la hipocresía. Jesucristo nos promete la vida eterna y nos guía "hacia fuentes de aguas vivas", que curan toda herida y "enjugará toda lágrima".

¡Cuántas heridas, cuántas lágrimas en nuestro presente, en nuestro mundo, en la familia! Jesucristo, el Cordero, es nuestra fundada esperanza. Necesitamos unirnos a él, seguir sus pasos, vivir su vida, la que nos ofrece en la Eucaristía, la que nos identifica con él mismo.

Se habla de "la gran tribulación" y bien se puede referir a todas las luchas y persecuciones que la Iglesia experimenta a lo largo de su historia, también en nuestro tiempo, el tiempo en el que vivimos y somos protagonistas, llamados a dar el testimonio auténticamente cristiano y donde cada persona está llamada a dar su respuesta personal, apoyándose en la seguridad que nos ofrece el mismo Jesucristo, que está con nosotros hasta el final de los tiempos.

Jesucristo nos ama no tanto por lo que desearíamos ser sino por lo que somos ya ahora, sus discípulos, sus seguidores, sus apóstoles, sus enviados a este mundo tan necesitado de paz, de esperanza, de amor.

¿Cuál debiera ser mi respuesta como persona cristiana, como seguidora de Jesucristo? ¿Cómo afrontar las dificultades que encontramos en el camino de cada día? ¿De qué manera experimentar la presencia de Jesucristo para vivir nuestra fe y para ser testigos creíbles del Evangelio? ¿Qué me dice Jesucristo, el buen pastor? El Señor nos conoce; pero nosotros, ¿le conocemos de verdad? El Señor continúa ofreciéndonos su palabra y dándose en la Eucaristía. Espera nuestra respuesta: que le acojamos en nuestro corazón.



Fr. José Mª Viejo Viejo O.P.
Convento de La Virgen del Camino (León)